

Sólo con la segunda alternativa se será consecuente con una honradez de criterios. La obra realizada tendrá calidad, rigor y valor estético. Se lograrán los fines educativos y de comunicación inherentes a ambos medios de expresión. Tendremos, en suma, un arte que responda a nuestras necesidades concretas y acuciantes.

Lo contrario sería seguir mordiéndonos la cola. Esconder la cabeza bajo el ala. Permanecer ciegos.—SABAS MARTIN (*Isla de Arosa, 29, 8.º F. Peña Grande. MADRID-35*).

CUAJINICUILAPA: SOBRE LOS ANTECEDENTES DE LA POBLACION NEGRA EN MEJICO

Al cabo de tantos años—la primera publicación tuvo lugar en 1958—, se nos presenta ahora *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro* (*), estudio de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre el municipio de Cuajinicuilapa—o Cuijla, como los propios nativos lo llaman—, situado en la Costa Chica mejicana, entre los Estados de Guerrero y Oaxaca. El tema es amplio y está desarrollado de una forma completa, y como ejemplo casi íntegro de lo que debe ser un buen trabajo de campo.

El libro abarca casi todas las facetas concernientes al pueblo, comenzando por un esquema no estrictamente antropológico, pero que le sirve de auxiliar básico al incluir los estudios geográfico y ecológico de una manera exhaustiva, al objeto de preparar el terreno para un planteamiento histórico. Todo ello le lleva a conceptuar el problema de la aculturación producida en Cuijla entre las tres culturas existentes: la oriunda, la española y la africana, y analizar con posterioridad la influencia de cada una de ellas en la configuración del municipio.

Se relata cómo fue el proceso que hizo llegar a la población africana y cómo ésta sucedió casi por completo a la indígena, debido a los fuertes cambios sufridos por la cultura nativa y su contacto con españoles y africanos; cuál fue el proceso que aceleró el decrecimiento de la población a causa de las epidemias o del excesivo trabajo exigido por los colonizadores; la creencia por parte de los indígenas de haber sido todo ello consecuencia del abandono de y por sus dioses y el hecho de no poder curar sus enfermedades en la

(*) *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*, G. Aguirre Beltrán, FCE, México, 1974.

forma habitual, lo que produjo, según ellos mismos pensaron, su descastamiento.

A todos estos fuertes cambios, explicados con detenimiento por el autor, viene a añadirse el fenómeno de los negros esclavos africanos, traídos a estas tierras para cumplir el papel de capataces generalmente, ya que eran tenidos por más resistentes que los indígenas y que, con frecuencia, juegan un papel duro y hasta denunciante con respecto a ellos.

La población de Cuajinicuilapa se formó, por tanto, principalmente de negros cimarrones que escaparon a su individual condición de esclavos, procedentes de diversos lugares de México, aprovechándose del lugar por ser retirado y de no muy fácil acceso por aquel entonces, debido a la escasez de caminos o sendas abiertas y, sobre todo, de móviles de comunicación. También, tal vez por lo individualizado de cada llegada, se desconoce su exacto lugar de procedencia en Africa, aunque se rastrean a posteriori influencias bantúes y thongas fundamentalmente.

La población—unas cuantas veintenas de años la modifican poco—está formada por mestizos de las tres razas (europea, indígena y africana, dominando claramente esta última). Según Aguirre Beltrán, la división en clases sociales que se da en el municipio en blancos, blanquitos y cuculustes, está hoy más en relación con los determinantes económicos que con los meramente raciales; así de la mayoría de la población o negrada, se destacan unos pocos, que se dedican principalmente al comercio y tienen, por tanto, más dinero: a éstos se les denomina blanquitos. En cuanto a los blancos, se reducen a una o dos familias, descendientes de europeos y cruzados a veces con los propios indígenas. Fueron en ciertas épocas las gentes más poderosas, hoy suelen ser gentes llegadas de Ometepec, y se dedican principalmente al comercio.

No obstante, se hecha en falta en estos capítulos, que tratan de la clasificación de la población, un mayor rigor por parte del autor y más claridad en la exposición de cómo se da la distribución del trabajo y otras funciones sociales para ver más adecuadamente las correspondencias entre éstas y las clases sociales descritas y así comprobar si tal clasificación es del todo exacta.

El capítulo dedicado a la demografía es bastante completo y además interpreta los datos en el sentido de que no permite que éstos destruyan o tergiversen la realidad social, como, por ejemplo, cuando se habla del número de matrimonios registrados o el número de hijos legítimos, y cómo el censo no corresponde en su totalidad a la realidad socialmente aceptada, lo cual explica el autor refiriéndose a la

poliginia registrada y como una continuidad de pautas de conducta africana. Asimismo lo sería la exogamia casi total registrada en Cuijla con respecto exclusivo a la localidad, frente a los matrimonios habidos en ciudades vecinas y dónde ha sido mayor la influencia indígena, que se realizan preferentemente dentro del pueblo.

Continuando con los parangones entre esta cultura y la de algunas tribus africanas, señala el autor: la estructura de la casa—el redondo—, y la técnica empleada para construirla. Algunos hábitos motores; por ejemplo, llevar la carga en la cabeza y portar los niños a la cadera. La agrupación de los redondos constituye la familia extensa.

En cuanto a los términos y clasificaciones de parentesco, a mi modo de ver, se extiende muy poco el autor. He aquí otra estructura que viene a traslucir el sistema de algunas tribus africanas, principalmente norte y sudafricanas con regímenes patrilocales y patrilineales, de donde podrían obtenerse calcados los patrones familiares dados en Cuijla: agrupamiento de redondos de la familia extensa patrilateral, construcción del redondo de las nuevas parejas sólo después del nacimiento del primer vástago. La terminología clasificatoria respecto a los hermanos y hermanas del padre como padres y madres, iguales ritos en torno a la recién desposada—que ha de vestir las ropas y joyas de las mujeres de la familia del marido, con lo que queda incorporada a tal familia.

También en cuanto a la adopción de un animal-tono (que supone una relación «de dependencia entre un hombre y un animal que los liga a un destino común») para el recién nacido, parece haber influencia africana, aunque la creencia en un tono o destino de cada hombre—sin compartirlo con el animal, sino, a veces, con alguna planta—ya existía entre los indígenas americanos. Otra de las influencias es la importancia dada a la sombra, la cual es identificada después de la muerte con el espíritu, y los ritos empleados para su recuperación. Aunque los símbolos y las oraciones son cristianos, no lo son, sin embargo, las técnicas ni las creencias animistas al respecto.

Una clara influencia africana podemos observarla en la costumbre del rapto de la novia, que es practicada en Cuijla por toda la negrada e incluso por parte de los blanquitos.

El cambio de la economía de terranía a la de ejido fue uno de los fenómenos de aculturación más importantes para el cuileño. El régimen de terranía implicaba el latifundio, y la hacienda y su cultivo principal era el algodón, pero carecía de las características que el cultivo de plantación tuvo en las islas. Sus derechos adquiridos por la prolongada residencia y demás peculiaridades de la población dieron

a este cultivo especiales caracteres que pueden calificarse como economía de terranía.

Con la economía de terranía el agricultor podía tomar el espacio que deseara para cultivarla, aunque la tierra era del terranero, al cual única y exclusivamente podía vender sus productos, pues no existía más comprador que el dueño del latifundio. El terreno dedicado a pastizales era también libre y asimismo la siembra de árboles frutales. Su hacienda servía para distribuir los productos recogidos y aquellos industriales que venían de localidades vecinas. La clase baja estaba exenta totalmente de impuestos, pero no así los blancos establecidos en Cuijla y que tenían su propia venta de algodón y de otros productos en Ometepec. Con la revolución zapatista, los habitantes del municipio reciben tierras en propiedad, pero se ven obligados a cambiar el cultivo. Así es como se pasa a la economía de ejido, que vino a plantear ciertas dificultades, como la desaparición del algodón —cultivo fundamental hasta entonces— pero progresivamente se llegará a cultivarlo de nuevo, sirviéndose de blancos intermediarios de sociedades anónimas que se dedicaron también a la compra de otros productos de ejido, como ajonjolí y copra.

Al referirse al Gobierno, Aguirre Beltrán señala cómo los cargos que se distribuyen para tal cometido son pocos. Existen sólo cabo, auxiliar, policía, juez de barrio, segundo comandante de policía, comandante regidor suplente, regidor propietario y principal. El *status* del principal no implica una elevada posición económica para su poseedor, sino una alta categoría social. Por ello vemos que en la mayor parte de los casos, el principal es de raza negra, aunque tal raza, como ya se advirtió, es la clase económicamente más baja. Los principales son quienes gobiernan y pueden, incluso, dar órdenes al presidente municipal. La elección de los principales suelen ser de tácito consenso popular.

En los capítulos dedicados a ritos y creencias, el autor se extiende ampliamente, relatándonos desde las raras y curiosas costumbres del compradazgo a los tabúes frente al parto o a las creencias en el animal-tono y en la sombra, y la importancia de ésta en los ritos funerarios. Aguirre Beltrán, respecto a las costumbres que acompañan al compadrazgo, concretamente al parentesco mítico entre ahijado y padrino, aventura la hipótesis de que podría tratarse de un cambio de contenido muy fácil de plegarse a un antiguo patrón africano, por el hecho de existir en padrino y ahijado y sus respectivas familias un verdadero parentesco espiritual, con prohibiciones matrimoniales al respecto, como si de un vínculo consanguíneo se tratara. El arraigo y